que querían comenzar; y que creyesen que confiaba en Dios que todos se tendrían por contentos de haberle seguido. Dicho esto ninguno que algo importase habló palabra ninguna u de miedo u de vergüenza; y para la gente común que se había inquietado hubo de los más nobles quien les hablase y los redujese a seguir la jornada. Y cuando lo tuvo todo pacífico (que fue éste uno de los mayores peligros que Cortés pasó) mandó quebrar el navío que había quedado, y con esto quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho a Cortés por tal hecho. Hazaña, por cierto, necesaria para el tiempo y hecha con juicio de animoso capitán, aunque de muy confiado y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos y que daba sin la fuerza y servicio de mar. Y de estos ejemplos no hay muchos; y de lo que yo alcanzo a saber me ocurre uno que hicieron los troyanos (como refiere Aristóteles) cuando pasando de sus tierras a las de Italia quemaron ciertas mujeres los navíos en que habían venido porque no tuviesen ocasión de volverse; y viéndose sin remedio fundaron la ciudad de Roma y permanecieron en ella. Y de Omich Barba Roja, el de el brazo cortado, dice Francisco López de Gómara, en lo que escribe de las batallas de la mar, que poco antes de este hecho de Cortés quebró siete galeotas y fustas por tomar a Bugia para que viéndose los soldados sin socorro y tan a los ojos la muerte se animasen y venciesen a los enemigos. De este hecho de Cortés, digo, que bien pudo él hacerlo; pero que allí anduvo el espíritu del Señor sobre las aguas (como dice la Sagrada Escritura) no para hacer de los navíos otra cosa sino para deshacerlos y anegarlos; porque a no ser hecho de Dios era caso temerario de hombres, a los cuales ya ayudaba en estas tierras para proseguir en ella lo comenzado en Cempoalla, de la destruición de el culto de el demonio y quebrantamiento de ídolos (como antes habían hecho y lo referimos en el libro de la conversión de estas gentes).

CAPÍTULO XXVI. *Que Fernando Cortés comienza su viaje para Mexico y cosas que en el camino le suceden; y de las grandezas que Olintetl, señor de Xocotla, le cuenta de Motecuhzuma que son de notar*

ECHA ESTA PACIFICACIÓN comenzó Cortés a tratar en público y muy de propósito la venida a Mexico y apercibirse para ella. Llamó al señor de Cempoalla y amonestóle la fidelidad que le había prometido; y la buena amistad que debía haeer a los españoles que dejaba en la nueva población de la Vera Cruz, que fueron ciento y cincuenta españoles. Llamó también a los señores de la serranía y pueblos confederados, y les dijo cómo habían de mandar que se acudiese con gente para acabar la iglesia y fortaleza y las otras fábricas de la Villa Rica y con bastimentos para el sustento de los soldados que quedaban; y tomó por la mano a Juan de

Escalante y dijo: Éste es mi hermano y lo que él os mandare habéis de hacer; y si los soldados mexicanos os dieren molestia él os ayudará. Todos ofrecieron de obedecer lo que se les mandaba y de cumplirlo de muy buena gana. Luego sahumaron a Juan de Escalante con incienso o copal, como a su capitán y caudillo, en que Cortés hizo buena elección porque era hombre prudente y bastante para cualquier efecto y gran amigo de Cortés, en cuya confianza le dio aquel cargo para estar seguro si por parte de Diego Velázquez algo se intentase en su ausencia. Ya tenía Cortés, en la forma dicha, dispuesta su jornada cuando le vino nueva de la Vera Cruz, que andaban navíos por la mar; volvió con sobresalto a saber qué era y conoció ser de Francisco de Garay, el de Xamayca, y con buena maña y diligencia que tuvo supo sus intentos y los echó de por allí y se volvió a Cempoalla para comenzar su viaje y caminar hacia esta ciudad de Mexico, que era lo que más le traía inquieto y desasosegado.

Y como ya se vido desembarazado de estorbos pidió gente de carga a los totonaques y diósele abundantemente, y estando con el fardaje y artillería a punto y muchos caballeros cempoalles que traía en su compañía, de los cuales eran los de mayor cuenta, Mamexi, Teuch y Tamalli, con otros serranos a quienes aunque so color de compañía llevaba como por prendas y rehenes, dejó al señor de Cempoalla un paje suyo de edad de doce años para que aprendiese la lengua. Y hecho esto, salió Cortés de este pueblo de Cempoalla a diez y seis de agosto de este año de mil quinientos y diez y nueve, acompañado de el señor y de otros caballeros, de quien con mucho amor y muestras de grande confianza, de verdadera amistad, se despidió cerca de el lugar. Lloraban los indios pareciéndoles que iba muy a riesgo y peligro de morir todos, aunque confiaban de el valor de los castellanos; eran cuatrocientos los de a pie y quince o diez y seis los de a caballo y seis piecezuelas de artillería con sus municiones.

Comenzaron a caminar con buen orden de guerra, y aunque dice Herrera que llegó aquel día a Xalapa no puede ser, porque hay de un pueblo a otro quince leguas, y un campo formado y de gente de a pie y con bagaje no camina tanto en un día; harto harían en quedarse a medio camino que aun a caballo es muy malo de pasar en tiempo de aguas, que es cuando ellos lo pasaron, porque es toda la tierra cenagosa en término de más de ocho leguas y se sumen los caballos hasta la barriga (como yo lo he visto, y aun a costa de una muy grande caída que allí di este año de mil seiscientos y diez que escribo esto por el mismo mes de agosto, yendo a la Vera Cruz a un negocio a que la provincia me enviaba siendo difinidor en ella). De manera que yendo este ejército marchando llegaron otro día a Xalapa y de allí partió a otro lugar donde por ser ambos de la confederación de Cempoalla fueron bien recibidos. Allí les dijo Cortés que venía enviado de el rey de Castilla para amonestarles a dejar el sacrificio de hombres y los demás pecados de que usaban y a vivir en paz y justicia, y castigar a los tiranos. Puso en cada pueblo una cruz; mandó que la tuviesen en mucha reverencia porque como más de propósito se les daría a entender que de aquella santa insignia les había de proceder el sumo bien en este

mundo y en el otro. Pasaron a Texutla, de la misma confederación, y Cortés dijo lo mismo a los principales del pueblo y ellos le trataron muy bien. Quedóseles aquí por descuido un potrillo que iba con las yeguas y pasado año y medio le hallaron hecho buen rocín entre una manada de venados, de los cuales nunca se había apartado (según dijeron los indios) y fue muy buen caballo. Entraron luego en el despoblado donde había muy gran frío y granizo y llovió aquella noche y con un viento muy frío que venía de la Sierra Nevada; toda la gente lo pasó con mucho trabajo porque también hubo falta de comida. Pasaron a otro puerto adonde estaban caserías y adoratorios de ídolos y había grandes rimeros de leña cortada para el servicio de los templos. No cesaba el frío, ni de comida tuvieron mayor abundancia, y la gente lo llevaba con maravillosa paciencia aunque sentían todos el diferente temple y frío por ir mal arropados y estar acostumbrados a la templanza de Cuba y de Cempoalla y costa de la mar.

Pasaron adelante y entraron en la tierra de un pueblo que se dice Xocotla sujeto al rey de Mexico. Envió Cortés delante dos cempoalles que de su parte dijesen al señor de él que tuviese por bien de hospedar su ejército, y apercibióse de nuevo para lo que se pudiese ofrecer porque ya caminaba por diferente tierra. Descubrieron el lugar en el cual blanqueaban las azoteas, los palacios del señor y las torres de los templos; y porque parecían bien y un soldado portugués dijo que parecía a la villa de Castel Novo en Portugal se le puso este nombre. Llamábase el señor de este pueblo Olintetl y después le llamaron los castellanos el Temblador, porque era muy gordo. Llevábanle de los brazos dos caballeros mozos, los más recios de su casa. Mandó dar de comer a la gente no con abundancia ni con muy buena voluntad. Fernando Cortés por sus intérpretes (que cada día se hacían más diestros) le dijo muchas cosas como a los otros, por cuyos pueblos había pasado, y se holgó el indio de entender tan nueva relación de cosas para él tan extrañas. Preguntóle Cortés (porque vio la grandeza con que se servía) si era confederado o vasallo del rey de Mexico. Respondió Olintetl que quién no era esclavo de Motecuhzuma. Replicóle Cortés, que de la otra parte de la mar había otro mayor señor que era el rey de Castilla a quien servían muchos príncipes y que él era uno de los menores vasallos que tenía y que debía ser su vasallo y dar de ello algunas muestras. Respondió, que no haría sino lo que Motecuhzuma le mandase. No quiso Cortés pasar más adelante en esta plática porque le pareció él y los suyos hombres de corazón. Rogóle que le dijese algo de la grandeza de Motecuhzuma. Respondióle que era señor de muchos reyes y que en el mundo no se conocía otro igual; que en su casa le servían muchos señores descalzos por más reverencia y con los ojos en el suelo; que había en su imperio treinta vasallos; que cada uno ponía en campo cien mil soldados y combatientes; que sacrificaba cada año veinte mil personas en su Estado y años había de cincuenta mil; que residía en la más linda, mayor y más fuerte ciudad de todo lo poblado porque estaba puesta sobre agua, y que había para servicio de ella más de cincuenta mil acales (que así se llaman las canoas); que su casa y corte era grandísima, muy noble y muy generosa; que acu-

dían muy de ordinario a ella muchos príncipes de toda la tierra sirviéndole de continuo; que sus rentas y riquezas eran increíbles porque no había nadie (por gran señor que fuese) que no le tributase y ninguno tan pobre que algo no le pagase aunque no fuese sino la sangre del brazo, y que sus gastos eran excesivos porque demás de las expensas de su casa tenía continuamente guerra sustentando grandes ejércitos.

Cuanto atemorizó a algunos oír estas grandezas, viéndose con tan flacas fuerzas, tanto alegró a Cortés que sabía muy bien aplicar sus conceptos a las ocasiones que se le representaban para su provecho. Dijo a sus compañeros que para engrandecerse era grandeza la que buscaban y no pobreza, y que loaba a Dios que las relaciones que tenía y diligencias que había hecho, para informarse de lo que era Mexico y se podía prometer de su riqueza, no le salía vano ni mentiroso. Llegaron dos señores de aquella comarca y presentaron a Fernando Cortés cada cuatro esclavas y sendos collares de oro de no mucho valor; agradecióselo Cortés y se fueron. Era Olintetl señor de veinte mil vasallos, tenía treinta mujeres dentro de su casa, con más de ciento que las servían y dos mil criados. El pueblo era grande, tenía trece templos con muchos ídolos de piedra de diferentes figuras a quien se encomendaban para diferentes cosas; sacrificábanse delante de ellos hombres, mujeres y niños, palomas, codornices y otras cosas con sahumerios y grande veneración. Tenía Motecuhzuma en este pueblo cinco mil soldados de guarnición. Postas de hombres de dos en dos en breves trechos hasta Mexico, para saber en breve tiempo lo que pasaba. Acabó Cortés de confirmarse de lo que sabía de la grandeza de Motecuhzuma y aunque siempre le daban a entender algunos de los suyos la dificultad de lo que emprendía y al peligro a que se ponía jamás mostró arrepentimiento de ello ni flaqueza; antes con ánimo invencible y generoso a todos daba ánimo y satisfacía a las dificultades prometiendo victoria y prosperidad con tanta confianza como si la llevara en el seno; porque con ingenio y prudencia todo lo consideraba y proveía. Pareció que Olintetl con la conversación de Cortés mejoró algo en voluntad y en el mejor tratamiento de la comida, aunque dijo que no sabía de Motecuhzuma si recibiría disgusto por haberle acogido sin su licencia; y viéndole Fernando Cortés más doméstico, le dijo algunas cosas de la fe y quiso que se pusiese una cruz como se había hecho en los otros pueblos; pero no pareció al padre Olmedo que se pusiese, porque no hiciesen algún desacato, hasta que más conocimiento se les pudiese dar de la religión cristiana. Llevaba Francisco de Lugo, hombre principal, natural de Medina del Campo, un lebrel de muy gran cuerpo y que de noche ladraba mucho. Preguntaron los principales de aquel pueblo a los de Cempoalla que si era tigre o león o animal para matar a los hombres. Respondieron, que aquél era bien mandado y que mordía y mataba siempre que su amo quería. Las piezas de artillería, dijeron, que con unas piedras que echaban dentro mataban a quien querían y que los caballos corrían como venados y alcanzaban a cuantos querían sin que nadie se les pudiese escapar; y que aquellos hombres eran los que vencieron a los de Tabasco, les quitaron sus ídolos y les hicieron amigos con sus

vecinos, y que por tenerlos Motecuhzuma por dioses les había enviado presentes, y que se maravillaban de Olintetl cómo no les presentaba algo. Y luego envió a Cortés cuatro pinjantes, tres collares y ciertas lagartijas de oro, una carga de ropa y cuatro esclavas que se recibieron para hacer pan. Había en este lugar el osario con multitud de calaveras y huesos de los hombres que se sacrificaban, y de allí adelante se vio lo mismo en todos los pueblos de la manera que estaba en esta ciudad de Mexico (como en su lugar decimos).

Parecerá barbaridad y grande simpleza la de estas gentes indianas en parecerles que los caballos y hombres que iban caballeros en ellos eran una misma cosa; pero aunque lo parece no lo es; porque lo que jamás se ha visto, cuando la primera vez se ve, no luego se conoce, en especial si son cosas dificultosas de entenderse; y así lo es ver a un hombre a caballo para aquel que nunca vio caballo, ni supo si era animal irracional o no; y en este error cayeron algunas naciones de el mundo, en aquella primera y rústica edad de él, cuando los hombres comenzaron a usar de este artificio en las guerras contra sus enemigos, los cuales, como jamás habían visto semejante animal y veían la figura de otro hombre como ellos encima, creían ser todo una misma cosa, y de aquí fingieron la figura de el centauro; diciendo ser medio hombre y medio caballo, como lo nota Celio Panonio en su *Colectánea*. Y no es maravilla que si estos indios creyeron ser una misma cosa, que como a cosa conjunta a la figura del hombre (que sabían que comía carne), le trajeren gallina al uno y otra, al otro y que como a cosa particular y fiera le temiesen, aunque después que se desengañaron también les hacían rostro a los de a caballo como a los de a pie y les tiraban golpes de espada como a los hombres; y si no véanlo en el caso que después sucedió en una contienda que tuvieron con los tlaxcaltecas donde cortaron las cabezas a dos caballos de un solo golpe; y aunque más feroces y espantables parecían vinieron al suelo muertos.

CAPÍTULO XXVII. *Determina el capitán Cortés venir a Mexico por la provincia de Tlaxcalla; y de una embajada que envió a la señoría de ella*

DESPUÉS DE HABER DESCANSADO Cortés con su gente en el pueblo de Olintetl, pasó adelante y trajo consigo veinte hombres de su casa para que le sirviesen de guía; y porque le había aconsejado que viniese por Cholulla (que eran confederados de Motecuhzuma) no se lo consintieron los cempoalles y le persuadieron que hiciese su jornada por Tlaxcalla, que eran sus amigos y que sería más seguro camino por allí. Habiendo andado algunas leguas llegó a un pueblo llamado Xacatzinco; envió cuatro cempoalles a los tlaxcaltecas con una carta y con un chapeo colorado verde obscuro de Flandes; y aunque sabía que no se había de entender la carta,